

«LA DOCTRINA MÁS GENERAL QUE EXISTE ES LA DOCTRINA HOMEOPÁTICA. ESTO ES EXTRAÑO Y DOLOROSO; ESTO ES UNA VERGUENZA PARA LA MEDICINA, PERO ASÍ ES.»

Ahora bien, todas esas confesiones han salido de la boca, ó de la pluma de hombres eminentes, que absolutamente son homeópatas, ¡pensadlo bien! M. Marchal, sobre todo, tiene cuidado de declarar

que «él no se constituye defensor de la Homeopatía.»

¿Qué diría, pues, si fuese de los nuestros?

Conclusión:

La conclusión es fácil.--Habeis visto ese templo en donde soplan todos los vientos, esta torre de Babel, en donde se verificó y continúa aun la confusión de las lenguas; he aquí á la doctrina ALOPATICA.

## SEPTIMA CONFERENCIA

### TEMPLO HAHNEMANNIANO

—o—

Entremos ahora al templo hahnemanniano. El también es tan antiguo como el mundo, él también presenta ese color de vestustez, que impone la veneración, y sus muros, más sólidos que los de nuestros monumentos antiguos, pueden desafiar á todo elemento de destrucción.

Ese templo no presenta más que una sola puerta, ninguna otra abertura traspasa sus partes laterales, así los vientos no pueden jamás venir á disputarse, y la calma y el silencio reinan siempre en ese santuario.

En ese santuario hay un altar, y sobre ese altar está sentada una divinidad; pero esta divinidad siempre es la misma. Ella ha nacido en ese templo, de un rayo de la verdad, y hasta el fin de nuestros días, al abrigo del soplo y de las agitacio-

nes del politeísmo, permanecerá sola, y ella sola recibirá el incienso de sus adoradores.

Esta alegoría os explica, casi toda la doctrina hahnemanniana, perfectamente lo habéis comprendido.

Aquí, en efecto, nada de ondulaciones sistemáticas, nada de choque de opiniones diversas, nada de disputas de escuelas divergentes. Ningún ruido de afuera viene á turbar el silencio de ese santuario sagrado, ningún soplo caprichoso viene á arrugar la superficie de una teoría tan uniforme, ninguna turbulenta ambición viene á cambiar ni una sola piedra á este edificio monumental.

Aquí se muere, porque la muerte está en todas partes. Ha sido decretado que «moriremos una sola vez,» y la Homeopatía no hace milagros; pero ella tiene, al menos,

el consuelo de llevar á ese término inevitable, por un camino suave y fácil, y de disipar los sombríos errores de ese último combate.

Ya os lo he hecho presentir en nuestra última conferencia; pero ahora voy á formularlo de una manera más explícita.

Para bien conocer y apreciar una doctrina médica, es preciso examinarla en los dogmas que componen su «esencia, su razón de ser,» fisiología, patología, etiología, terapéutica y materia médica. Ahora bien, es preciso, para que ella sea «verdadera,» que esta doctrina encierre en su seno la «unidad,» unidad de principios teóricos, unidad de acción práctica, unidad, en fin, de tendencia en la fusión de la gran «unidad,» Dios.

Es preciso, además,—y agrego esto desde lo íntimo de mis convicciones particulares y profundas,—es preciso que esta doctrina esté conforme en su esencia, con la naturaleza y el destino del hombre, y con los progresos actuales é indefinidos de la ciencia.

He aquí, para una doctrina médica, sus condiciones de ser.

Ahora, si queréis seguirme atentamente, yo me encargo de probaros, que esas condiciones, la Homeopatía, TODAS las posee, y las posee SOLA.

FISIOLOGIA.—ya sabéis que la

fisiología es, en general, el estudio del hombre en salud. Es preciso, pues, ante todo, tener del hombre, objeto de este estudio, un conocimiento exacto y verdadero.

Habéis visto lo que hacía el materialismo de la Escuela de París; ahora veamos lo que hace nuestra Escuela.

Nunca he podido comprender que los pensadores y los fisiologistas hayan tenido tantos trabajos para analizar al hombre. Jamás he podido comprender que ellos siempre hayan buscado la luz en pleno sol. En efecto, no hay más que abrir el libro sagrado; las primeras líneas del génesis iluminarán este punto, con el más brillante reflejo.

Esta fuente, es cierto, no es del gusto de todo el mundo, y el materialismo la aparta desdeñosamente de sus secos labios, pero ¿qué nos importa su sonrisa helada? nosotros, cristianos, queremos apagar nuestra sed, con esta agua viva de la verdad.

Abramos, pues, el Libro Divino, y veamos:

Cuando Dios hubo creado todo, «hagamos, dijo, al hombre á nuestra imagen y semejanza, y que él mande á los peces del mar, á las aves del cielo, á los animales, á toda la tierra; y á todos los reptiles que se arrastran debajo del cielo.»

Veis, en estas hermosas palabras

al hombre y su lugar en la escala de los seres. Formad esta escala, vasta, inmensa, infinita; el primer escalón toca al mineral, y el último á Dios; las transiciones ascendentes y descendentes, son regidas por una sabiduría soberana, por una ciencia divina.

Pues bien, Dios se ha reservado, después de haber creado al hombre, el derecho de clasificarle entre todos los seres del Génesis universal, y lo estableció, el jefe de todos esos seres. ¿Por qué, pues queréis asignarle otro sitio? ¿Por qué queréis modificar los grados de esa gran clasificación? ¿Por qué no queréis comprender que tanto como el hombre es inferior á su Creador, es superior á las demás criaturas?

Vuestro orgullo no está, pues, satisfecho del lugar que ocupáis en esta clasificación, ¿y seríais más ennoblecido, cuando os hubierais hecho el hermano del mono?

No citaré aquí á los escritores sagrados, cuya parcialidad quizá os sería sospechosa. Me contentaré con la opinión de los naturalistas, cuya autoridad sólo está sentada sobre la ciencia, y entrar en su rango.

Así, según ellos, el hombre está fuera del reino animal; él por sí solo constituye un reino, así como lo han pensado después de Aristóteles, Adanson, Daubenton, Vicq,

d'Azyr, Etienne, Geoffroy Saint-Hilaire, Lacèpede; y en nuestra época, Serres, Longet, J. Reynaud, Moquin-Tandon, Isidoro Geoffroy—Saint-Hilaire.

Este último naturalista forma un cuarto reino para ennoblecer al hombre: «El reino humano, dice, se eleva sobre el reino animal, por la inteligencia, como éste, por la sensibilidad sobre el reino vegetal.»

Pido que se me ceda citar estas bellas consideraciones de M. Par-chappe:

«La fisiología, que hace entrar en sus apreciaciones sobre los seres vivientes, la consideración de la naturaleza de los hechos por los cuales se manifiesta su vida, permite determinar más exactamente el lugar del hombre, distinguiendo absolutamente, por caracteres esenciales, la vida humana de la vida animal. La palabra, la ciencia y la moralidad expresan un modo de la vida, de la que no participan de ninguna manera los animales.»

«Si por un lado de su naturaleza, principalmente por su organización corporal, el hombre tiende á la esfera de la animalidad, es porque la vida humana, implicando la vida animal como condición y como sostén, supone una organización y actos animales. Mas, ¿có-

mo desconocer que, en la naturaleza compleja del hombre, la animalidad es lo accesorio, y la humanidad lo principal? ¿Por qué, pues, encapricharse en hacer del hombre un mamífero y un bípedo? Distinguir al hombre por sus atributos esenciales, la razón y la palabra, aun en una clasificación zoológica, ¿no sería conformarse mejor á la naturaleza de las cosas, que el colocarle en una clase en la que se encuentran la ballena y el murciélago?

•Ante Dios y ante el mundo, para el ignorante como para el sabio, avergonzarse de ser asimilado á un mono, no es orgullo, es conciencia de la dignidad humana.»

Entremos ahora en el dominio de la fisiología pura.

Para bien comprender al hombre fisiológico, para bien apreciar el juego de sus órganos, para bien estimar las relaciones de sus funciones, es necesario, ante todo, conocer los elementos que lo constituyen.

Aquí, una vez más para esclarecer este abismo, la Escritura Sagrada va á prestarnos su antorcha, que guía á todo hombre de buena fe.

El «Génesis,» en el cap. XI, vers. 7, refiere así la formación del hombre:

•Formavit igitur Dominus Deus

hominem de limo terre, et inspiravit in faciem ejus spiraculum vite, et factus est homo in animam viventem. El Señor Dios formó entonces al hombre del «barro de la tierra,» y le sopló sobre su rostro un «soplo de vida,» y el hombre fué hecho en «alma viviente.»

Tenéis en este versículo toda la naturaleza del hombre.

Observad, en esta frase, tres miembros que designan á tres términos bien distintos: la materia, un fluido vital, y una alma; he aquí los tres lados del triángulo, he aquí al hombre en su trinidad fisiológica.

Si, á pesar de todos estos elementos tan claros y tan precisos, es aún difícil dar una definición del hombre, es, al menos, más fácil, el formarse una justa idea.

Todo lo hay en el hombre: ciertos filósofos han tenido razón al decir que él es el resumen de todos los seres, desde Dios hasta la materia.

En el hombre, en efecto, hay sólidos, líquidos, vapores, gases, fluidos, y una alma; los sólidos, engendran á los líquidos, como éstos engendran á los vapores, y los vapores engendran á los gases; el fluido nervioso toca al fluido vital, y el fluido vital es la transición de la materia al alma, como el alma es la transición del hombre á Dios.

Para facilitar la comprensión última de este mecanismo misterioso, vamos á comparar al hombre con un estado monárquico. Este estado presenta á un rey en la cima, súbditos en la base, y ministros intermediarios. Pues bien, en nuestro reino fisiológico, el alma es el rey, los órganos los súbditos, y el fluido vital el ministro. Aquí no hay más que un ministro; y de la misma manera que en un estado social, se distinguen leyes fundamentales y leyes orgánicas, igualmente, distinguiremos las mismas leyes en las funciones del hombre, funciones tan múltiples, tan variadas y tan complicadas.

Esta consideración general, no es más que el croquis de un plan inmenso, que podría presentar detalles muy ricos, y casi infinitos.

Para la inteligencia perfecta de las aplicaciones que haremos, más tarde, de todos estos prolegómenos y las consecuencias que sacaremos de esos principios, es además esencial que consideréis al hombre, como á un todo, como á una unidad.

Todas las partes, en efecto, que componen su ser, están siempre, é invariablemente sometidas á la solidaridad de la más estrecha simpatía. No podeis producir en esta unidad, la menor modificación, sin que todas las funciones se resientan; las ondulaciones del centro, se trans-

miten á la circunferencia, y los más ligeros choques de los puntos de la circunferencia, convergen hacia el centro por radiaciones infinitas; como en una masa líquida, las moléculas se comunican sus movimientos, como en un cilindro leñoso, los átomos vibran juntos bajo la misma percusión, como una chispa eléctrica, va á despertar al fluido que circula en la más inmensa corriente.

Hay, pues, unión íntima entre el espíritu y la materia, por medio del fluido vital. Pero, ¿cómo se opera esta unión, esta fusión, esta soldadura de dos substancias tan diferentes? ¡Misterio! misterio para siempre insondable é incomprensible como Dios.

Comparad, si quereis, estas dos substancias, á dos riberas, separadas por una distancia infinita; el Océano que las baña, las une en una eterna fluctuación; pero sus ondas que se balancean de un borde á otro, tienen una superficie infinita, y una profundidad infinita. Ya existe la calma, ya estalla la tempestad; su seno encierra riquezas inaccesibles á la codicia más activa y más duradera, y sobre esta potestad, no hay más que otra potestad, el dedo de Dios.

Considerando ahora, á cada una de estas tres fracciones que componen la unidad fisiológica del hombre; preguntad, cual será el papel

del alma, y veréis, inmediatamente, que el alma hace al hombre, «pensador, volitivo, libre y responsable de sus actos. Es ella la que preside á la vida de relación con nuestros semejantes; es ella la que compone el «yo,» y ella, finalmente, es el foco de la vida.

Interrogad al fluido vital, y os dirá:—Yo soy el ministro del alma, y quien está encargado en todo su reino, de la ejecución de todas sus leyes; yo soy quien conduce al hombre material, quien dirige todas sus acciones vitales, soy la palanca de todo su mecanismo orgánico; por mi, respira, digiere y marcha; yo gasto sus fuerzas por la fatiga, y las reparo por el sueño. Cuando estoy en calma, él está sano, y está enfermo, cuando una causa cualquiera produce la menor oscilación en mi equilibrio.

Si, en fin, interrogáis á la materia en el hombre, veréis que ella también reclama su parte de acción y de libertad, aunque está sujeta al alma. Ella tiene, en efecto, sobre el espíritu, su potestad relativa y bien determinada; el alma está atada á su cadena, y siempre sufre su peso; con frecuencia, el súbdito usurpa el cetro, y, por el cambio de papel, hace entonces sufrir á su rey, toda la tiranía de un mando absoluto.

Aunque el médico ejerce su sacer-

docio sobre el hombre moral y sobre el hombre físico, esta última mitad está, más especialmente, bajo el dominio de su potestad y de sus investigaciones.

Sin embargo, nada de exclusión de una parte, con detrimento de las demás, puesto que el hombre es un todo. No limitemos nuestro horizonte á la vista de la materia, este es el error del organicismo; no lo extendamos tampoco, solo á los límites del alma, este es el error del espiritualismo. Mas, abrazando toda la extensión del campo fisiológico, detengamos nuestras miradas especialmente sobre el fluido vital. Este principio debe ser nuestro faro, nuestra estrella y nuestra brújula.

He aquí á la única verdadera faz del dogma fisiológico. Ya veis, bajo el reino de la verdad, y colocado entre el materialismo puro, y el espiritualismo puro, cuan lejano está el hombre del uno y del otro, con exclusión de uno de ellos. Ya veis ahora, como resaltan los errores de Cabanis y de Stahl; veis, en una palabra, en este resumen, al hombre vital, al hombre hahnemanniano, al hombre cristiano, establecido en su verdadera naturaleza, y marchando en la vía de sus destinos celestes.

PATOLOGIA.—Sin querer buscar vanas definiciones filosóficas del hombre, de la vida, de la enfer-

medad y de la salud podemos, sin embargo, por las ideas netas que poseemos sobre todos esos elementos, permitirnos definiciones descriptivas. Semejantes definiciones no tienen el defecto de la pretensión, y tienen el mérito de la claridad.

En tal virtud, vamos á plantear estas ideas sumarias que, para nosotros, y por convención general, equivaldrán á axiomas.

El hombre es una alma substancial y fluidicamente unida á un cuerpo.

La vida es, la puesta en acción del fluido vital, que resulta de la fusión íntima de estas dos substancias: alma y cuerpo.

La salud es el equilibrio, más ó menos perfecto de este fluido vital, y la ruptura de este equilibrio, constituye «la enfermedad.»

Por medio de estas nociones muy sencillas y elementales, vamos perfectamente á comprender las enfermedades. Examinaremos sucesivamente, conforme á nuestro plan general, «su origen, su manifestación y su fisonomía.»

1.º—ORIGEN DE LAS ENFERMEDADES.—No se trata de la naturaleza, de la causa radical y esencial de la enfermedad, todo esto nos es y nos será siempre desconocido, ya os lo he dicho, no lo olvidéis. No quiero, pues, deciros de

donde viene LA enfermedad, sino de donde vienen las enfermedades.

Si, como ya lo hemos visto, el racionalismo moderno no hubiera sofocado á las tradiciones médicas, la Escuela de París tendría, respecto al origen de las enfermedades, la idea más exacta.

Así, Hipócrates (De Virginum Morbis, pág. 355) dice: «Es imposible conocer la naturaleza de las enfermedades, si no se las conoce en lo INDIVISIBLE, de que ellas provienen.»

Es de sentirse, que el divino anciano no haya dado más desarrollo á este principio. Pero todos esos comentadores, entre los que hay que distinguir sobre todos á Barthez, han estado unánimes en la interpretación del oráculo de Cos. Por tanto, el padre del vitalismo moderno, demuestra de una manera muy explícita, cómo, con excepción del «caso de lesiones orgánicas,» las enfermedades no podrían tener una causa material, y cómo una afección es determinada por la influencia que cualquier causa puede ejercer sobre el fluido vital.

Si este inmortal fisiologista de Montpellier no hubiera permanecido en la penumbra de la incertidumbre, tocante á la naturaleza del principio vital, si él no hubiera dejado este principio en los limbos de la abstracción, no hubiera deja-

do nada por descubrir á sus descendientes, y sobre esta materia, la ciencia hubiera dicho, con él, su última palabra.

Estaba, pues, reservado á la Escuela hahnemanniana hallar la verdadera luz de la cuestión. Después de haber profundizado los dogmas de su enseñanza, se puede formular así el pensamiento sintético que encierra el germen verdadero de la patología: «Las enfermedades son alteraciones virtuales y dinámicas del equilibrio vital.»

La palabra «dinámica» quiere decir que las enfermedades tienen un origen fluídico, y son alteraciones «de la fuerza vital.» Y me atrevo á avanzar que toda fuerza nace de un fluido.

La palabra «virtual» os dice que cada enfermedad está encerrada en el estado de «posible» en las «fuerzas radicales», y que, cuando esta enfermedad estalla, ella reviste un carácter que «le es propio.»

He aquí al dogma de la Homeopatía, respecto de la enfermedad en general. Ya os he hecho ver, que nuestra doctrina está conforme con la naturaleza y los destinos del hombre. Ya podéis comenzar á apercibir que también está conforme con los progresos actuales é indefinidos de la ciencia, y esto lo vais á ver mejor, á continuación.

En efecto, os pregunto si en el siglo XIX, siglo eminentemente fluidista, debe repugnar á alguno el considerar á las enfermedades como alteraciones fluidicas de nuestro fluido vital, que no es quizá sino nuestro fluido eléctrico específico.

Entonces, ¿puede haber enfermedades puramente locales, como lo pretende la Escuela de París? Me veo tentado á preguntarle cómo, entonces considera á las enfermedades crónicas, y cómo, sobre todo, considera y explica su herencia.

Ahora recuerdo, que os debo una explicación sobre esta materia, y voy á dárosela, de paso, á fin de reparar mi olvido.

Las enfermedades crónicas son aquellas cuya duración es prolongada, y que cumplen lentamente sus periodos.

Aquí, evidentemente, la cronicidad no puede cambiar su fuente radical. Quiero decir que, como las enfermedades agudas, se derivan siempre de una causa íntima, morbosa, que ha atacado el fluido vital.

Mas, ¿qué causa secundaria, racional, se puede asignar á esas enfermedades? Cuestión muy obscura que sólo Hahnemann ha esclarecido de una manera satisfactoria.

Siendo el fluido vital, siempre

considerado como el recipiente de las causas morbosas, nuestro maestro supuso tres miasmas, bien distintos, que llevan á ese fluido vital, todas esas mil modificaciones latentes, y más ó menos ocultas, que llamamos enfermedades crónicas. Estos tres miasmas son: la sífilis, la sicosis y la psora.

El primero engendra á esa enfermedad que se llama mal americano, mal italiano, mal francés, etc.

El segundo está caracterizado por la producción de vegetaciones diversas.

El tercero, como el Proteo de la fábula, afecta y reviste mil formas, mil manifestaciones distintas.

Tales son los tres principios que engendran, según Hahnemann, á todas las enfermedades crónicas. Tal es la potestad oculta y trinitaria, á la que debemos todas las miserias de esta pobre vida humana. Al levantar la punta del velo que las cubre, levantáis la cubierta alegórica de la caja de Pandora.

Esta teoría que da Hahnemann sobre la patogenia de las enfermedades crónicas, ¿es verdadera, es falsa?—Una respuesta afirmativa ó negativa, á esta cuestión me llevaría muy lejos, os dejo, pues, libres de aceptarla ó rechazarla. Sin embargo, advierto que un médico en su práctica clínica, no tarda en apercibir en cada investigación que

esta teoría despide rayos de verdad.

Si, los hechos en general, son favorables á esta teoría, y si yo no hablase más que á los médicos, les diría:—«Interrogad á la experiencia y ella os responderá.»

No quiero abandonar este asunto sin preguntar á los médicos organicistas, cómo comprenden las enfermedades crónicas, bajo el punto de vista de su origen radical. La cuestión es para ellos, excesivamente angulosa.

Considerando á esas enfermedades como puras alteraciones orgánicas, no deteniéndose más que en la superficie de un órgano enfermo, eliminada, en una palabra, toda idea de causa fluidica general, ¿cómo hacen ellos su cuenta, en sus tratamientos, y sobre todo, en sus operaciones? Considerad, por ejemplo, á un tumor canceroso; vais á quitar ese tumor, con vuestro cuchillo. ¡Muy bien! El tumor seguramente ya no existe. Pero os pregunto, ¿habéis hecho un acto terapéutico? ¿Habéis cortado la enfermedad?... Cortad, pues, también la rama de un manzano, sin arrancar la raíz y, en su lugar, brotará una rama nueva que os producirá siempre manzanas.

Ved cómo se explica el fracaso de muchas maniobras quirúrgicas; y si los médicos reflexionaran un